
El análisis político y económico de los doctores Vicente Massot y Agustín Monteverde

Demasiados errores

Si Daniel Scioli o Julio Cobos, por ejemplo, desearan emular a Hugo Moyano y congregar unas 70.000 personas en River, difícilmente podrían hacerlo con el mismo éxito del camionero. Pero llenar hasta los topes la cancha de fútbol más grande de la Argentina no significa, a esta altura, gozar de la popularidad que desvela a los hombres públicos. El sindicalista que todavía oficia como principal socio de los Kirchner, si quisiera colmaría cualquier estadio del país en tiempo récord. Algo que está al alcance de muy pocos. Sin embargo, mientras el gobernador de la provincia de Buenos Aires, el vicepresidente de la República, el jefe de gobierno de la Capital Federal y Ricardo Alfonsín encabezan todas las encuestas en términos de imagen y se disputan el favor de la gente que ya los ha consagrado como los principales precandidatos del arco opositor para disputar los comicios del año próximo, Hugo Moyano es, posiblemente, el peor referenciado en punto a imagen y sólo una ínfima minoría lo votaría en caso de que se presentase a una elección abierta.

Lo escrito antes no supone ignorar al gremialista sino resaltar el hecho de que su poder no consiste en juntar voluntades en un acto como el de Núñez. Esa capacidad de convocatoria hecha básicamente con el soporte inestimable del transporte que le sobra y la plata de los contribuyentes —o sea, nosotros— deslumbrará a los recién llegados a la arena pública o a quienes, dejándose llevar por lo que captan sus sentidos —las multitudes vociferantes, la escenografía espectacular y los discursos encendidos— pierden de vista el fondo de la cuestión: faltaron a ese acto en River

casi todos los intendentes del PJ bonaerense que habían sido invitados a sentarse en el palco de honor.

Este último dato pone de manifiesto hasta dónde los pujos hegemónicos de Moyano erizan la piel de unos *barones* que conocen sus respectivos territorios mucho mejor que el líder de la CGT oficialista. Quienes se ausentaron ese día no quisieron ni quieren saber nada con un hombre cuyo poder es inversamente proporcional a su impopularidad. Para ellos aliarse o, peor aún, plegarse o depender de Moyano importa suicidarse de cara a 2011. Por lo tanto, mientras puedan hacerlo, coinciden en una consigna clara: cuanto más lejos, mejor.

¿Porqué, entonces, asistieron Cristina Fernández, su marido y Daniel Scioli? ¿Acaso no vale, en su caso, lo mismo que preocupa a los intendentes mencionados? En rigor, estuvieron presentes por motivos diametralmente distintos. Llegado a esta instancia el matrimonio gobernante no tiene resto para ignorar a Moyano. Antes les estaba subordinado. Hoy resulta un par que se permite libertades inconcebibles pocos meses atrás. No pretende marcarle la cancha a los K ni reivindicar, a expensas de éstos, espacios estatales de poder fuera de los que ya domina en el marco de las relaciones laborales. Moyano le asegura al gobierno el control de buena parte del sindicalismo peronista. Lo cual no es poca cosa. A su vez, el gobierno le retribuye ese apoyo abriéndole al camionero un paraguas de impunidad judicial.

Scioli, en cambio, se hizo presente en razón de la estrategia que ha vertebrado para atravesar los próximos seis meses, al menos, cuyas inclemencias podrían ser insoportables si decidiese, antes de tiempo, demostrar su razón independiente de ser. El gobernador ha tomado la decisión de mostrarse públicamente con quienes juzgue necesario, sin necesidad de pedir permiso o de reprimirse como venía haciendo hasta ahora.

El reto que recibió del santacruceño en aquel acto de La Plata fue un punto de inflexión. Cualquiera que sea su derrotero de aquí en adelante, el ligamen con Néstor Kirchner nunca volverá a ser igual. Ello no adelanta un rompimiento sonoro con los K. Lo que sí inaugura es una nueva relación. Ya no habrá encuentros furtivos con Duhalde o escapadas a deshoras para reunirse con adversarios del político patagónico. Así lo demuestran sus movimientos de la última semana. ¿Quién hubiese imaginado, setenta días atrás, a Scioli junto a José María Aznar —jefe de la derecha española— en el cónclave de IDEA en Mar del Plata? Nadie. Pero que se saque una foto

con el peninsular, flanqueado por José Aranda, el segundo de Héctor Magnetto, o que comparta mesa con Mauricio Macri en el hotel Four Seasons con motivo de una fiesta organizada por la Fundación del Hospital de Clínicas, no lo llevará a dejar vacía su butaca en las grandes concentraciones kirchneristas.

Que Moyano salga a cruzarlo diciendo que los únicos candidatos del gobierno son Néstor y Cristina, a Scioli le entra por un oído y le sale por el otro. Es más hasta podría ser cierto si a principios del año próximo optase por cambiar de bando. En marzo o abril deberá tomar una decisión. De momento, estará en River y en IDEA por igual.

En el curso de la semana pasada otro vicepresidente de los Kirchner, Julio Cobos, repitió el voto que a mediados del año 2008 lo convirtió, de la noche a la mañana, en una celebridad política, catapultándolo desde ese momento a jugar en las ligas mayores de las que estaba por completo excluido. Cómo se llegó a esa instancia es digno de ser considerado, menos por lo que toca al mendocino que por cuanto atañe al matrimonio gobernante.

El día de la votación era un secreto a voces que, salvo defecciones de último momento, los números arrojaban un empate y, por lo tanto, volvería a ser Julio Cobos quien tuviese la última palabra. El menos avisado de los mortales hubiese considerado que más le valía al oficialismo evitar ese trance que afrontarlo. Bastaba que uno de los 35 senadores oficialistas “desertase” para impedirle al vicepresidente definir el trance. Eso quisieron hacer los kirchneristas en la cámara alta y se encontraron, como de costumbre, con un santacruceño exaltado que ordenó dar pelea y dejar que su verdugo de dos años atrás repitiese el papel que le diera el triunfo al campo y sepultara la famosa resolución 125. Lo increíble del caso fue la razón en virtud de la cual Néstor Kirchner mandó a su tropa a ese matadero: poner en evidencia que Cobos, una vez más, cometía traición y dejarlo así expuesto como un inmoral, capaz de cerrar filas con los adversarios del gobierno al que pertenece en calidad de vicepresidente.

A la luz de lo que sucedió con Cobos desde aquella madrugada famosa del voto *no positivo* hasta hoy, Kirchner debería saber de sobra que le regalaba en bandeja de plata al compañero de fórmula de su mujer uno de esos triunfos que cualquiera que se halle en carrera para ser presidente, anhela obtener. El mendocino en el 2008 se opuso a *su* gobierno y la gente lo respaldó casi sin fisuras. ¿Qué podía esperarse cuando lo que estaba en discusión era un aumento a la clase

pasiva? Que Cobos apareciese como el personaje sensible ante la afligente situación de los jubilados y los Kirchner como los malos de la película. Pues, bien, eso sucedió. Ni más ni menos.

La táctica que compró el gobierno —primero permitir que el vicepresidente resultara algo así como el hombre del destino y luego vetar la ley— no pudo ser peor. Es que agrandó aun más a uno de sus enemigos de mayor peso electoral y se puso en contra a toda la clase pasiva, unas 5.000.000 de personas. Si el plan lo hubiese pergeñado el estado mayor de la oposición, no habría salido mejor. Lo curioso del caso es que fue hechura del kirchnerismo que no ha perdido la brújula pero carece de los reflejos que tantos éxitos le permitieron sumar en el pasado. Comete demasiados errores al mismo tiempo como para creer, siquiera remotamente, que pueda retener el poder cuando se abran las urnas dentro de doce meses. Hasta la semana próxima.

Secciones del Informe completo

- ◆ Superávit ficción
Bonanza a pura emisión
- ◆ Más y más presión tributaria sobre los que producen
Las provincias se suben a la ola
- ◆ El BCRA en riesgo de incumplir el nuevo Programa Monetario
Los jubilados auxilian al dólar
- ◆ Inflación en ascenso
La consecuencia obvia de la creciente emisión
- ◆ Carne cara por mucho tiempo
Las consecuencias de despremiar los mecanismos de precios
- ◆ Guerra de monedas
Peligra el comercio global: los commodities, amenazados